

Antonieta Rivas Mercado en su diario

Juan Pascual Gay

el 6 de noviembre de 1930 Antonieta Rivas Mercado inicia un diario que, según Fabienne Bradu, “es, entre los que llevó intermitentemente durante su vida y desde una temprana edad, el único que se conserva” (Bradu 1991: 197); comentario al hilo de las palabras de la misma Antonieta al principio de este cuaderno: “hace años que, a sabiendas, los diversos diarios comenzados retenían el móvil hondo, inconfeso” (Rivas Mercado 1987: 439). La última anotación del diario está fechada el 22 de enero de 1931; sin embargo, no se trata de la última página. Señala Luis Mario Schneider que las palabras finales de esta bitácora se escribieron en París y que más tarde, después del suicidio de su autora, José Vasconcelos las arrancó para incorporarlas a su relato autobiográfico *La flama* (Schneider 1987: 29). La última página de su diario, al parecer, la escribió el día antes de su muerte, es decir, el 10 de febrero de 1931. Luis Mario Schneider incorpora en su edición de las *Obras completas de Antonieta Rivas Mercado* con el título de “Epílogo” estas páginas finales. Estos fragmentos son relevantes porque en ellos Antonieta traza el plan de su suicidio: “He decidido acabar —no lo haré en el hotel para no comprometer a los que me han ayudado [...] Ya está en mi poder la pistola que saqué de entre los libros del baúl de Vasconcelos. Es la que lo acompañó en toda la gira electoral” (Rivas Mercado 1987: 433).

El diario lleva el nombre de la ciudad francesa en la que pasa Antonieta, junto a su hijo, sus últimos meses de vida: Burdeos. *Diario de Burdeos* se llama este cuaderno de apuntes, escrito “en una pensión situada en el 27 de la calle Lechapellier, bajo la protección cariñosa de la señora Lavigne y de su hija Irene, las dueñas” (Bradu 1991: 195). Se trata de un cuaderno escrito “a veces con tinta, otras a lápiz” (Schneider 1987: 29) en el que, como dice Bradu, “la morralla de la vida está ausente del *Diario de Burdeos* como

una significativa resistencia de parte de Antonieta por verse a sí misma en una dimensión carente de *pathos*” (Bradu 1991: 198); y en el que, desde el principio, declara sus verdaderas intenciones. Se lee en la primera anotación, fechada el jueves 6 de noviembre de 1930:

Intentar escribir un diario privado equivale a confesarse y para ello la contricción es necesaria. Hace años que, a sabiendas, los diversos diarios comenzados retenían el móvil hondo, inconfeso. Y no que lo tuviera que decir fuera inconfesable, sino que pesaba el temor que alguien, y ese alguien era mi marido, llegara a entrar en posesión de mis secretos, aun cuando éstos, era el caso de Enrique, corrieran la calle. Aquel auto de fe de mi diario y mis libros en que dejo la huella de una prohibición, limitación que ahora es preciso vengar si quiero llegar a escribir con la verdad, única justificación de ponerme a escribir. Esa verdad que lleva uno dentro, que alimenta, teme y adora. Esta verdad íntima, difícil de forzar como una virgen (Rivas Mercado 1987: 439).

De estas notas, por el tono casi un ajuste de cuentas con su pasado y un compromiso con el futuro, se desprenden varias consecuencias: la primera es destacar la determinación de Rivas Mercado de escribir un “diario privado” y su disposición para asumir las consecuencias de tal elección: “confesarse”. Esta declaración sitúa el *Diario de Burdeos* muy cerca del género autobiográfico y de su tradición occidental. Suele tomarse como punto de partida *Las confesiones* de San Agustín, aunque como género literario la autobiografía adquiere carta de naturaleza con las *Confesiones* de Rousseau. Con Rousseau, además, la confesión pasa de la plaza pública al salón; sin embargo, con Sterne entramos ya al *boudoir*. Pero la diferencia entre uno y otro es clara, puesto que

así como en las *Confesiones* encontramos cierta atmósfera de compunción, en Sterne sólo hallamos complacencia. A mediados del siglo XIX los escritores que habían callado por largo tiempo comienzan a hablar, a desnudarse, a exhibirse; la literatura íntima (autobiografías, memorias, diarios) se generaliza y se acepta con la naturalidad con la que se acepta la vida misma.

Sin embargo, parece claro que la práctica del examen de conciencia preconizada por el ascetismo cristiano (caso de San Agustín), por una parte, y la creencia en la fraternidad humana y en la igualdad en cuanto a la dignidad e importancia de todas las almas (caso de Rousseau), por otra, están en el origen de estos géneros (ver May 1982: 29). Desde este punto de vista, el género del diario íntimo es análogo al de la autobiografía pues se aproximan en algunos casos, como en el *Diario de Burdeos*, al examen de conciencia. Pero me interesa resaltar las palabras de Béatrice Didier a propósito del diario íntimo: “el diario nace del individualismo romántico; descansa enteramente en la creencia en el individuo, en el yo” (Didier 1976: 62). El diario íntimo está, pues, directamente vinculado con otros géneros: la autobiografía como hemos visto; pero también el encomio, la confesión y la epístola; y resulta de la constitución de ese ‘yo’.

Diario de Burdeos es, pues, un diario íntimo de verdad; un diario no destinado a su publicación, como sí es el caso dentro de la tradición mexicana del de Federico Gamboa, que, como señala José Emilio Pacheco, “fue el primer escritor hispanoamericano en practicar de manera sistemática la redacción y publicación de diarios a la manera de Jules y Edmond de Goncourt” (Pacheco 1994: IX). El *Diario de Burdeos* está más cerca del de José Juan Tablada y, al igual que éste, “el diario, inaccesible a los demás, es resguardo privilegiado de ese yo íntimo y publicarlo es, desde luego, una inevitable traición” (Sheridan 1991: 6); pero el diario de Antonieta guarda una clara distancia respecto de éste, puesto que el diario de Tablada es menos una confesión que un dietario, mientras que el de Antonieta es, ante todo, una confesión; Antonieta se confiesa, pero también muestra su complacencia y deseo.

Antonieta Rivas Mercado escribe un diario para confesarse y la confesión empieza, como dice ella misma, por la “contrición”; la contrición que no es tanto el arrepentimiento cuanto el dolor y pesar por las faltas y errores cometidos que propician ese

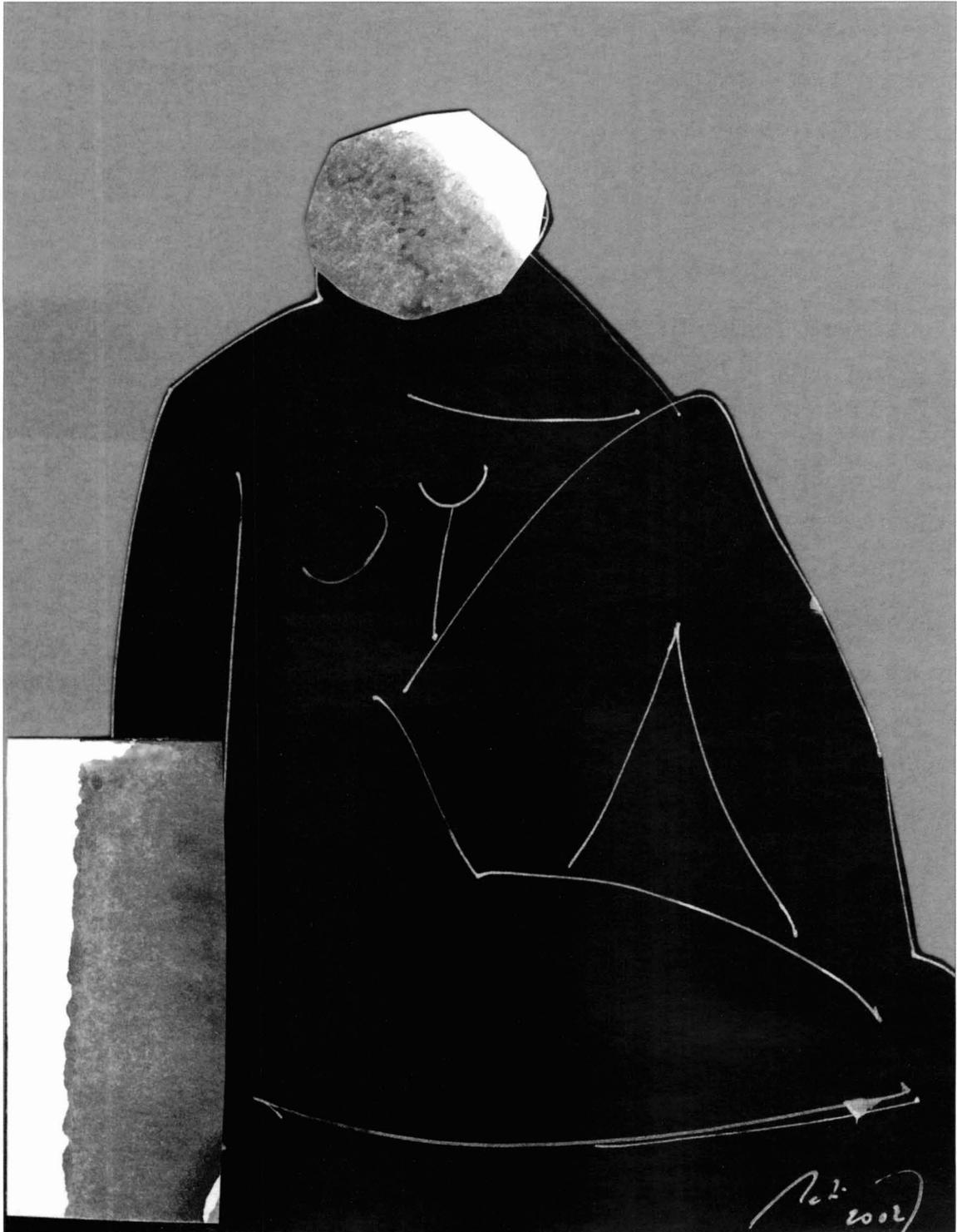
arrepentimiento. Escribe en una nota titulada significativamente “Vía crucis”:

Me ahoga el recuerdo y temo sufrir no obstante que sólo enjugándome el alma con el sufrimiento del recuerdo es como podré disponerme para seguir viviendo. Se diría que soy toda tensión, de voluntad, y que me he fijado una meta lejana, difícil, en la cual clavo los ojos para no dejarme sentir este abismo que es mi vida, abismo de la soledad anhelada (Rivas Mercado 1987: 441).

Y también:

Desmenuzar las resistencias y dejar que suban a la superficie las verdades dolorosas, lamentables, vergonzosas, sublimes, de que está hecha nuestra humanidad. Hay que romper las barras que me constriñen y es en este diario en el que he de hacer el aprendizaje de la verdad. Siento resistencias profundas que son obstrucciones, recuerdos que no quiero recordar por el dolor vivo que provocan (Rivas Mercado 1987: 440-441).

Esta actitud introspectiva, vigilante y alerta es la que sitúa la bitácora de Rivas Mercado en la tradición de la literatura privada. El principio que rige tal escritura es la confesión, una confesión que permitía desnudar el alma en el secreto del confesionario. Es claro, también, que esta connotación del término confesión no se le pudo escapar a Antonieta: no sólo por la relación que su significación guarda con el de contrición, sino también con la búsqueda de un espacio propicio para emprender su “examen de conciencia” (Rivas Mercado 1987: 455). Por eso, una de las características del diario es la intención de construir de un ‘yo’; un ‘yo’ textual que se va edificando a la par que avanza el proceso de escritura. Georges Gusdorf ha señalado la idea fundamental de la modernidad de que la narración de sí mismo conseguirá restituir o atrapar una identidad siempre postergada, para ofrecer la verdadera imagen de sí mismo (Gusdorf 1948: 12); esa identidad a la que remite la afirmación citada de Antonieta: “Hay que romper las barras que me constriñen y es en este diario en el que he de hacer el aprendizaje de la verdad” (Rivas Mercado 1987: 440). El *Diario de Burdeos* es una narración de sí misma, de otro “yo” de Antonieta Rivas Mercado puesto que es un fenómeno de salvación personal, de restitución del pasado como modo de conjurar



la fugacidad, como restauración de la vida perdida, como postergación de la muerte.

Marcel Proust defendía en *Contra Sainte-Beuve* al autor que se manifiesta no en las obras de arte sino en las obras del yo; el que aparece “en nuestras costumbres, en la vida social, en nuestros vicios”, el yo que elude hasta la atención de nuestra conciencia. Para Proust ese “yo inarticulable” es el que percibe “la verdadera vida” y el que hace una literatura tanto empeñada en significar esa conciencia como en enmascararla (Sheridan 1991: 6); o, como dice la propia Rivas Mercado, “la frase viste o desviste la conciencia, no la precede, no se independiza” (Rivas Mercado 1987: 463).

Pero la confesión requiere de un espacio propicio y adecuado a su condición introspectiva e íntima. En el *Diario de Burdeos* aparece la necesidad reiterada de Rivas Mercado de habitar un espacio recoleto y monacal¹ donde reconocerse: “En mi apartamento actual, enclaustración voluntaria que favorecen las circunstancias” (Rivas Mercado 1987: 440); “Estoy bien —apunta el 13 de diciembre de 1930 (y una curiosidad) a las 18 horas y doce minutos— en mi quieto retiro y sólo anhelo que dure el tiempo que mi hijo crece” (Rivas Mercado 1987: 456); y, en un apunte del 26 de diciembre del 30, es más explícita: “Y el ensueño de paz: el convento”; y, más adelante, “Mi vida es tal y como la he deseado, libre, dura, solitaria” (Rivas Mercado 1987: 463). Ese espacio habitable se convierte en el espacio monacal; y el confesionario, el diario; la confesión, la escritura misma de ese diario. Antonieta se confiesa para, en sus propias palabras,

no seguirme abandonando a la deriva, a la desesperación de estar viva, viviendo una vida que no quería y que me embargaba y enloquecía; para no ceder a mi pasión, para no oír más el reproche de mi otro yo, ni el castigo de mi inteligencia cayendo sobre mis sentidos en el instante en que éstos, dormidos, no reclamaban ya su parte; para no tener conciencia de que todo lo destruía; para huir de mi propia pasión de seguir siendo juguete de un amor que no sancionaba (Rivas Mercado 1987: 442).

El *Diario de Burdeos* es una topografía emocional más que espiritual de la Antonieta última; ejercicio escritural que participa de las características del género diarístico; construcción de un yo que se debate entre la autocomplacencia y la intolerancia teñida de compunción:

Y él me descubrió a mí misma y al responder mi carne a su caricia ardiente prendió en mí el deseo de aquel cuerpo en cuya fusión estaba todo el sentir insazonado. Vivía. En su presencia irradiaba vida, me calentaba, me prestaba luz. Entraba y yo me iluminaba por dentro, solitita de él.

Pero el yo sensible, ponderado, trascendente, el yo pensante, el yo, se interpuso desde el primer instante. Concedió a la piedad que mi cuerpo segara aquel dolor, pero cuando lo vio cogido en la trampa de los sentidos, se encabrió herido en lo hondo, en su orgullo de independencia, en su dignidad de ser humano en formación, de ser pensante, independiente del sexo (Rivas Mercado 1987: 440).

Esta necesidad de independencia vuelve a aparecer en apuntes subsecuentes, como el fechado en diciembre 29 de 1930: “no dejar mi intimidad a su merced. Hacerlo reaccionar a mí, no reaccionar a él. Ser el punto fijo en el cual se pose en sus momentos humanos [...] y vivir mi vida íntima bajo influencia pero sin dependencia” (Rivas Mercado 1987: 462).

Antonieta aparece en las citas anteriores con la serpiente enroscada a su cuerpo desnudo; pero, en última instancia, un cuerpo ceñido por la razón. La escritura de Rivas Mercado participa de esa ambigüedad puesto que empieza como un ejercicio de introspección, de confesión, para, enseguida, traicionar su propósito y abocarse a la complacencia: de ahí, algo de la ambigüedad de su diario. Antonieta acaso traicione el propósito con el que comienza el cuaderno, pero no traiciona las condiciones del género mismo. La recapitulación diaria de lo vivido pretende valer por lo vivido en sí y, sin embargo, no revela más que una figura imaginada, incompleta, desnaturalizada en el momento en que esa escritura pretende constituirse en un nuevo comienzo del “yo”; en otro “yo”. Pero la característica de un diario es la coherencia lógica y la racionalización (Gusdorf 1948: 12).

La narración es conciencia, y como la conciencia de Rivas Mercado dirige la narración, le parece indudable que esa conciencia dirige su cotidianeidad. De este modo, en el *Diario de Burdeos*, la reflexión inherente a la toma de conciencia es transferida, por una especie de ilusión óptica, al dominio del acontecimiento. De este modo, la narración le da sentido al acontecimiento y, por lo mismo, consistencia al otro “yo”. Por eso Catelli explica que el diario íntimo es “una impostura [...] el lugar donde un ‘yo’, prisionero de sí mismo, [...] proclama que él (o ella) [es] aquello que hoy escribe” (Catelli 1991: 11). No se trata de establecer una relación del “yo” con

el texto, sino del modo como el texto construye ese “yo”. Este hecho, la construcción textual del “yo”, ayuda a entender las contradicciones del diario de Antonieta. En efecto, el *Diario de Burdeos* es un tira y afloja entre pasado, presente y futuro; donde el presente aparece de manera esporádica y, más bien, es lo cotidiano fechado lo que encauza las emociones, mediante una escritura que quiere zanjar de una vez y para siempre un pasado que, en el momento de la escritura, superaba al presente mismo y cuyas consecuencias se resolvieron en el futuro inmediato; un futuro, como sabemos ahora, clausurado por ese mismo pasado, pero que en ese momento, en el de la escritura, empezaba a edificar.

Por otro lado, ese arrepentimiento se establece en términos de deseo, de manera que Antonieta Rivas Mercado intenta redimir su deseo mediante la escritura de su contrición. Se trata de una ambigüedad que acepta no tanto la perturbación de una sexualidad cuando el “yo” desea otro cuerpo, cuanto el placer que proporcionan los presagios encerrados en ese deseo, más que en el cumplimiento del deseo mismo: “porque lloraba la vergüenza de su derrota de macho hermoso habituado a producir placer, su único título de orgullo, me volvió a dar por piedad. Porque le amaba y su dolor me era intolerable” (Rivas Mercado 1987: 440) se lee en la primera anotación de su cuaderno.

Hay, además, en el diario, una doble pero idéntica contradicción entre ascética y cuerpo sexualizado: de una parte, la ambigüedad de Antonieta entre la necesidad del sacrificio (“Vía vía”, es uno de los títulos de una nota diarística), y la exposición casi obscena de su placer: “Entraba y yo me iluminaba por dentro solitita de él” (Rivas Mercado 1987: 440); de otra, la necesidad de recorrer el camino de perfección por medio de la expiación: “Me ahoga el recurso y temo sufrir sabiendo no obstante que sólo en jugándome el alma con el sufrimiento del recuerdo es como podré disponerme para seguir viviendo” (Rivas Mercado 1987: 462-463); sin renunciar a su sexualidad como complemento de ese particular camino de perfección: “estoy dispuesta, después de hacerme valer, a ser su amante en los paréntesis amorosos y en colaboradora, su mano derecha, el resto del tiempo” (Rivas Mercado 1987: 462-463). Es patente, pues, la tensión íntima en la que entonces vive Antonieta y que se resuelve en la construcción de ese otro “yo” contradictorio y ambiguo.

La contradicción fue característica en la vida de Antonieta, como lo fue en la relación apasionada no

correspondida que mantuvo con Manuel Rodríguez Lozano²: contradictoria y ambigua. Le escribía Antonieta al pintor un domingo 21 de ¿1927?:

Quisiera irlo repitiendo a cada uno. Decirles: “Esto, esto que soy, que ustedes estiman, esto lo hizo Manuel un día, jugando. Yo no valía nada. Era el barro que espera el impulso que en el torno le dé forma. Él hizo todo. Soy su obra y más que su obra. Porque la obra no ama y yo le amo” (Rivas Mercado 1987: 345).

El pintor apenas ha dejado un breve recuerdo de su relación con ella (Rodríguez Lozano: 1960). Esa atracción la transformó Antonieta, de nuevo, en vía ascética. Le escribe al pintor:

Manuel: comienzo a sentir la vida como el camino de perfección, y usted lo es para mí [...] Cerca de usted la vida se convierte en el camino estrecho que lleva al cielo... cuanto equilibrio y madurez espiritual haya en mí, le corresponde por derecho. Sin usted me hubiera perdido (Rivas Mercado 1987: 357).

En el *Diario de Burdeos* hay una alusión entre paréntesis a Rodríguez Lozano:

(He llegado al terreno de la creación artística (como Manuel lo deseaba), pero, dato sobre el cual no conté, porque le falta, sobre una base la necesidad que ha acabado por arrancar con todo y tierra, mi diletantismo) (Rivas Mercado 1987: 458).

En el epistolario entre Antonieta y Manuel Rodríguez Lozano, éste ocupa un lugar parecido al que José Vasconcelos representa en su discurso público, como ha demostrado rigurosamente Jean Franco; quien olvida, sin embargo, que la relación íntima que predomina en el *Diario de Burdeos* ya no es con Rodríguez Lozano, sino con Vasconcelos. Pero es relevante notar que la relación última con Vasconcelos, a diferencia de aquella relación íntima que guardaba con Rodríguez Lozano, cambia de signo; ya no es la búsqueda de la encarnación mesiánica que en el ámbito privado representaba el pintor, sino la humanización de quien encarnó el mito en su quehacer político. Anota Rivas Mercado el 26 de diciembre de 1930:

He recibido una carta de Pepe el 30 de noviembre. Anuncia su llegada en enero [...] En un mes me ha escrito tres veces; las dos primeras de usted, la última usa el tú y termina “un abrazo apretado para Toñito”. ¡Un abrazo apretado! Me ha hecho pensar que es mi marido, mi esposo quien viene —¿En verdad? ¿Y cómo voy ha recibirlo? ¿Puedo considerar agotada la experiencia después de nuestro *campanonate marriage* hace un año? La respuesta es no he querido escaparle eso sí. Es la segunda vez que quiero huir de él: en septiembre de 1929, en mayo de 1930, pero he aquí lo que he de considerar: la actitud fundamental que he adoptado frente a la vida, me coloca, esencialmente, en el mismo terreno que él. Y la he adoptado por el camino profundo, atravesando el fondo de mis verdades subsecuentes, agotándolas (Rivas Mercado 1987: 457-458).

Si en algo coinciden uno y otro es en que son inalcanzables para Antonieta Rivas Mercado: Vasconcelos inalcanzable siempre como figura pública, pero no privada; mientras que Rodríguez Lozano lo era en el ámbito privado. Rivas Mercado le escribe al pintor un domingo, el 28 de mayo de 1928:

He visto resplandecer, luminosa como un ángel, su verdad, e igualmente clara, la mía. Le sentí verídico, puro, hablando de Dios por su boca. He tenido el deslumbramiento de ver a Dios en sus ojos, de oírle hablar por sus labios, y me pregunto si, como Moisés, la luz que de mí se desprende no cegará a los que no han sido elegidos. Ud. santifica la vida y mi dicha, extrahumana, proviene de que me doy cuenta y sigo viviendo en ese plano (Rivas Mercado 1987: 358).

Lo que llama la atención de estas cartas escritas entre 1927 y 1930 es que tienen un lenguaje parecido al que caracteriza al diario. Es decir que la construcción de ese otro “yo”, de un nuevo “yo”, como Antonieta declara al principio del *Diario de Burdeos*, comenzaba mediante un discurso ya ensayado y, por tanto, con pocas posibilidades de construir un “yo” diferente; es decir, ese otro “yo” que conseguiría restituir esa identidad relegada constantemente a la que apuntaba el propósito inicial del diario: la conformación de otro “yo” textual, como trasunto vicario de la vida misma, fracasa desde el principio.

Por lo que se deduce de las páginas escritas en el diario, lo último en lo que pensó Antonieta Rivas Mercado es que se iba a convertir en una de las personalidades femeninas mexicanas de referencia.

Es cierto que en su *Diario de Burdeos* hay una atracción creciente ante la necesidad de arrumbar y relegar el olvido a que nos somete la posteridad, pero también se desprende la necesidad de enraizar —“Hace quince días enraicé al fin en este rincón burgués de la burguesísima Francia. ¡Enraizar!” (Rivas Mercado 1987: 439)— firmemente en el presente, un presente que en el momento de la escritura del diario se bamboleaba en todas direcciones y que deja entrever los débiles fundamentos de su estabilidad emocional; pero Antonieta se quitó la vida antes de que comenzara a hacer aquello que, para ella, le iba a asegurar su triunfo sobre el tiempo. Apunta en su cuaderno una nota fechada en Burdeos el 26 de diciembre de 1930:

Viene Pepe y casi sin explicación —pidiendo una sola, registro civil de nuestra boda, que lo avise a sus hijos por conducto de Chamaco. Seré su mujer. Lo sé. Lo sé. Su amante no. Su mujer. Su mujer. Su obra futura será, en parte, obra mía. Será mi pretexto y mi trampolín. Antes de cinco años he de tener fortuna con mi trabajo, reputación de primer orden, otra sería (Rivas Mercado 1987: 458).

La nota es reveladora. Reveladora de la inseguridad personal, profesional, emocional que tenía en esos momentos; reveladora de su radical ambigüedad. Su relación con José Vasconcelos (Pepe) no está aún, ya no estará, lo suficientemente formalizada como ella quisiera (“Su amante no. Su mujer”); sus proyectos personales, siempre postergados por los dictados del corazón. Escribe el 18 de diciembre de 1930:

He dejado de estudiar mi latín con el devoto ardor de los primeros días. Recurriendo al sistema del examen de conciencia, encontré el nervio cuya parálisis había suspendido mi dedicatoria, no por carecer de tiempo, más son todas las horas del día y la noche. El aliciente emotivo sufre acalamia [*sic*]; mi despego provenía, proviene, pues aún existe, del silencio de Emilio [...]

El latín es diverso [...] Una, dos lecciones diarias. He hecho en tres veces estudios de un año. Pero su silencio al atormentarme me marchitó la emoción, y sin darme cuenta, como manjar que repugna, dejaba a un lado, día a día, mi lección por nacer (Rivas Mercado 1987: 455).³

El dolor marca la caligrafía y la sintaxis de este diario desquiciado, ambiguo e improbable, en el

que el dolor de Antonieta convoca el recuerdo del pasado; un pasado que aparece como una acechanza amenazante contra su presente y que, sin embargo, ya había hecho de ella lo que hoy es para nosotros. Son concluyentes las palabras en las que reproduce su última conversación con Vasconcelos:

No me necesita, él mismo lo dijo cuando hablamos largo la noche de nuestro reencuentro aquí en esta misma habitación. En lo más animado del diálogo, pregunté: "Dime si de verdad, de verdad, tienes necesidad de mí." No sé si presintiendo mi desesperación o por exceso de sinceridad, reflexionó y repuso: "Ninguna alma necesita de otra, nadie, ni hombre ni mujer, necesita más que de Dios. Cada uno tiene su destino ligado sólo con el creador" (Rivas Mercado 1987: 435).

Si atendemos al diario, parece claro que, cuando Antonieta está decidida a independizarse sobre todo emocional y sentimentalmente, cae en la cuenta de que su vida depende de un hombre que no la necesita, de un hijo que vivirá mejor con su padre, y de un amor que no es correspondido. La tragedia final, al parecer, de Antonieta es la evidencia, a pesar del esfuerzo reiterado por mostrarse autosuficiente e independiente, de su dependencia de personas que, por lo menos desde su punto de vista, no la necesitan. Esta evidencia desencadena el desenlace:

Terminaré mirando a Jesús; frente a su imagen, crucificado... Ya tengo apartado el sitio, en una banca que mira al altar del crucificado, en Notre Dame. Me sentaré para tener la fuerza para disparar. Pero antes será preciso que disimule. Voy a bañarme porque ya empieza a clarear. Después del desayuno, iremos todos a la fotografía para recoger los retratos del pasaporte. Luego, con el pretexto de irme al Consulado, que él no visita, lo dejaré esperándome en un café de la Avenida. Se quedará Deambrosis acompañándolo. No quiero que esté solo cuando le llegue la noticia (Rivas Mercado 1987: 436).

Me interesa resaltar que la construcción de ese "yo" obedece a las necesidades de esa otra Antonieta; que la Antonieta que aparece en el *Diario de Burdeos* es una Antonieta diferente a la Antonieta que escribe pero que no aparece en su diario, como prueba su suicidio. Puede decirse que frente a la idea de referencialidad resultado de la vida, la de Antonieta Rivas

Mercado, que se narra en el diario, me parece más acertado decir que es la obra la que produce vida; lo que hace en su diario está determinado por el proyecto y los recursos del medio: es la figuración la que construye su referente; es la palabra la que construye a la Antonieta del *Diario de Burdeos* (De Man 1979: 113-114). En consecuencia, la dicotomía entre ficción y relato autobiográfico es indecible; y es indecible porque el diario comparte la retoricidad del lenguaje. La aspiración del diario de Antonieta, como prueba su verdadera vida, a moverse más allá de su propio texto, a trascenderlo e imaginar un yo al que se conoce y se narra, resulta una pura ilusión. Así, el "yo" del *Diario de Burdeos* cuando dice "yo" dice "otra".

Diario de Burdeos es un texto relevante dentro de la trayectoria personal de Antonieta Rivas Mercado y dentro de la literatura mexicana. Por un lado, se trata de uno de los primeros diarios conocidos escrito por una mujer mexicana en el primer tercio del siglo XX; por otro lado, es un diario privado que no persigue su publicación, y más bien, fiel a tradición de la literatura autobiográfica, nace de la necesidad de confesarse. Una confesión no exenta de la complacencia que nace del deseo: dos características que exponen tanto la contradicción como la ambigüedad que presiden la escritura de este texto y que imposibilitan desde el principio la construcción de la "verdadera imagen de sí" que se propone Rivas Mercado.

El *Diario de Burdeos* es doblemente revelador de la personalidad de Antonieta Rivas Mercado: si bien es cierto que muestra la asunción íntima de ese mesianismo al que se refería Jean Franco en el ámbito privado (mucho más explícito en las cartas a Manuel Rodríguez Lozano), también lo es que resulta la contraparte a ese mesianismo que Antonieta buscaba en el ámbito público a través de la personalidad de José Vasconcelos. Pero lo que llama la atención es que esas carencias que denunciaba de la mujer mexicana en su artículo "La mujer mexicana" son las mismas, guardando las distancias, que ella vive de manera íntima como demuestra su literatura privada. Quiero decir que así como la imagen pública de Antonieta Rivas Mercado que nos ofrecen sus contemporáneos es la de una mujer vanguardista, emancipada, liberal, "moderna"; sus escritos privados y, en particular, *Diario de Burdeos*, son testimonio de su inseguridad, de su dependencia, de su carencia afectiva y emocional, encarnando ella misma la imagen de "la mujer mexicana" que había denunciado desde las páginas de *El Sol de Madrid*.

Bibliografía

- Blanco, José Joaquín, *Se llamaba Vasconcelos. Una evocación crítica*, México, FCE, 1996.
- Bradú, Fabienne, *Antonieta (1900-1931)*, México, FCE, 1991.
- Bénichu, Paul, *EL tiempo de los profetas. Doctrinas de la época romántica*, México, FCE, 1984.
- Catelli, Nora, *El espacio autobiográfico*, Barcelona, Lumen, 1991.
- De Man, Paul, "La autobiografía como des-figuración" (1979), en VV. AA., *La autobiografía y sus problemas teóricos. Estudios e investigación documental, Suplementos Antrophos*, núm. 29, Barcelona, 1991, págs. 113-117.
- Espejo, Beatriz, "La literatura femenina del siglo XIX al XXI" (2000), http://www.creatividadfeminista.org/galeria2000/textos/literatura_fem.htm (20 de mayo 2003).
- Franco, Jean, *Las conspiradoras. La representación de la mujer en México* (1994), México, FCE-Colegio de México, 2004.
- Gamboa, Federico / Pacheco, José Emilio (ed.), *Impresiones y recuerdos (1893)*. México: CNCA, 1994.
- , *Diario de Federico Gamboa*, México, Siglo XXI, 1977.
- Gusdorf, Georges, "Condiciones y límites de la autobiografía" (1948), en VV. AA., *La autobiografía y sus problemas teóricos. Estudios e investigación documental, Suplementos Antrophos*, núm. 29, Barcelona, 1991, págs. 9-17.
- Henestrosa, Andrés, *María Antonieta Rivas Mercado*, México, Miguel Ángel Porrúa, 1999.
- Horta, Manuel, "De Telón Afuera", en *Revista de Revistas*, México, 20 de mayo de 1928, pág. 27.
- Martínez, José Luis, *Literatura mexicana siglo XX. 1910-1949*, México, CNCA, 1990.
- , *El trato con escritores y otros estudios*, México, UAM, 1992.
- May, Georges, *La autobiografía*, México, FCE, 1982.
- Pacheco, José Emilio (ed.), *Diario de Federico Gamboa*, México, Siglo XXI, 1977.
- Praz, Mario, *El pacto con la serpiente. Paralipómenos de "La carne, la muerte y el diablo en la literatura romántica"*, México, FCE, 1988.
- Quirarte, Vicente, *Elogio de la calle. Biografía literaria de la Ciudad de México 1850-1992*, México, Cal y Arena, 2001.
- Rivas Mercado, Antonieta, *Obras completas*, México, SEP-Oasis, 1987.
- Rojas Rosillo, Isaac, *87 cartas de amor y otros papeles*, México, Universidad Veracruzana, 1982.
- Sheridan, Guillermo (ed.), "José Juan Tablada en su diario", en José Juan Tablada, *Obras IV. Diario (1900-1944)*, México, UNAM, 1992.

—, *Los Contemporáneos ayer*, México, FCE, 1985.

Schneider, Luis Mario (ed.), *Obras completas de Antonieta Rivas Mercado*, México, SEP-Oasis, 1987.

—, “Antonieta Rivas Mercado: una mujer que puso condiciones al destino”, en *Obras completas de Antonieta Rivas Mercado*, México, SEP-Oasis, 1987.

—, *Fragua y gesta del teatro experimental en México. Teatro Ulises. Escolares del viento. Teatro de Orientación*, México, UNAM-Eds. Del Equilibrista, 1995.

—, *La campaña de Vasconcelos*. México, Oasis, 1982.

Tablada, José Juan, *Obras IV. Diario (1900-1944)*, México, UNAM, 1992.

—, *Las sombras largas*, México, CNCA, 1994.

Vasconcelos, José, *La flama: los de arriba en la Revolución; historia y tragedia*, México, Cía. Editorial Continental, 1956.



¹ A este propósito escribe Fabienne Bradu: “Burdeos se tornó, pues, en un claustro que ofrecía pocas oportunidades de diversión, susceptibles de estorbar el trabajo al que pretendía dedicarse en cuerpo y alma después de lo que llamó su *wander year* en la campaña presidencial y en los Estados Unidos. Por primera vez, Antonieta ponía, al principio de su lista, por encima de cualquier otra cosa, su trabajo de escritora, es decir, a sí misma” (Bradú 1991: 196).

² Diferentes críticos e historiadores de la literatura mexicana han señalado la homosexualidad de Rodríguez Lozano como el obstáculo para que Antonieta Rivas Mercado pudiera ser correspondida en el amor que sentía por él. Entre las diferentes explicaciones e interpretaciones, me parecen las más plausibles las de Jean Franco: “Rodríguez Lozano, que no podía acceder a sus exigencias sexuales [las de Antonieta], seguramente descubrió que podía distraerla de éstas animándola a sublimar espiritualmente el deseo que sentía. Es evidente que él sofocó sus propias preferencias sexuales al entregarse a su pintura, con lo que adquirió un aura de austeridad dórica para Antonieta. En las cartas que ella le escribe se refiere a la suspicacia de Rodríguez Lozano, a su incapacidad para entregarse a otros, a su reticencia; todo esto puede atribuirse a su homosexualidad, que no podía explicitar, o a una castidad que se había impuesto dado que sus deseos no eran aprobados por la sociedad” (Franco 2004: 157).

³ Esta nota es una réplica a una anterior anotada el 10 de noviembre de 1939, donde se lee: “Así como Sor Juana en cierta ocasión se cortó media cabellera hasta no haber dominado ciertos conocimientos que pretendía adquirir, vedándose el contacto con sus semejantes, yo me prohíbo volver a la vida antes de haber realizado los siguientes proyectos: Años [19]31-32. Dominio del Latín (iniciado)” (Rivas Mercado 1987: 444).